

Entonces, el celaje que cruzaba
 Por el espacio con sus alas de oro,
 De la patria me hablaba.
 Entonces ¡ay! en la ola que moría
 Reclinada en la arena sollozando,
 Recordaba el mirar de mi María,
 Sus lindos ojos y su acento blando.
 Si una huérfana rama atravesaba
 Juguete de las ondas, cual yo errante,
 Lejos de su pensil y de su fuente,
 La saludaba con mi voz amante,
 La consolaba de la patria ausente.
 Si el pájaro perdido iba siguiendo
 Rendido de fatiga, mi navío,
 ¡Cuánto sufrir, Dios mío!
 Su ala se plega, aléjase la nave,
 Y se esfuerza y se abate y desfallece,
 Y convulso, arrastrándose en las ondas,
 El hijo de los bosques desaparece.
 En tanto, tus inmensas soledades
 La gaviota recorre, desafiando
 Las fieras tempestades.
 Entonces, en la popa, dominando
 La inmensa soledad, me parecía
 Que una voz á lo lejos me llamaba
 Y acentos misteriosos me decía:
 Y yo le preguntaba:
 ¿Quién eres tú? ¿De la creación olvido
 Te quedaste sus formas esperando
 Engendro indescifrable, en agonía
 Entre el ser y no ser siempre luchando?
 ¿Al desunirse de la tierra el cielo
 En tus entrañas refugiaste el caos?
 ¿O, mágica creación, rebelde un día,
 Provocaste á tu Dios; se alzó tremendo;

Sobre tu frente derramó la nada,
 Y te dejó gimiendo
 A tu muro de arena encadenada?
 ¿O, promesa de bien, en tus cristales
 Los átomos conservas que algún día,
 Cuando la tierra muera,
 Produzcan con encantos celestiales
 Otra luz, otros seres, otro mundo,
 Y entonces nuestro suelo
 A tus plantas, se llame mar profundo
 En que retrate su grandeza el cielo?
 Hoy llegué junto á tí como otro tiempo
 Siguiendo ¡oh Libertad! tu blanca estela;
 Hoy llegué junto á tí cuando se hundía
 En abismos de horror y de anarquía
 La linfa de cristal de mi esperanza;
 Y hoy, como en otro tiempo, la voz mía
 En himno se tornó de tu alabanza;
 Porque eres un poema de grandeza,
 Porque en tí el huracán sus notas vierte,
 Luz y vida coronan tu cabeza,
 Tienes por pedestal tiniebla y muerte.
 Nadie muere en la tierra; allí se duerme
 De tierna madre en el amante pecho:
 Velan cipreses nuestro sueño triste,
 Y riegan flores nuestro triste lecho.
 Solitaria una cruz dice al viajero
 Que pague su tributo
 De lágrimas y luto,
 En el extenso llano y el sendero.
 En tí se muere ¡oh mar! Ni la ceniza
 Le das al viento: en ola que sepulta
 La rica pompa de poblada nave,
 Nada conserva las mortales huellas;
 Se pierden. . . y en tu seno indiferente
 Nace la aurora y brillan las estrellas.

A tí me entrego ¡oh mar! roto navío,
Destrozado en las recias tempestades,
Sin rumbo, sin timón, siempre anhelante
Por el seguro puerto,
Encerrando en mi pecho dolorido
Las tumbas y el desierto. . . .

Pero humillado no; y en mi fiereza
A tí tendiendo las convulsas manos,
Sintiendo en tí de mi alma la grandeza
Y ahogando mi tormento,
Le pido á Dios la paz de mis hermanos;
Y renuevo mi augusto juramento
De mi odio á la traición y á los tiranos.

III

A JACINTO GUTIERREZ Y COLL.

A mí, tú, ¡inspiración! á mí, que ardiente
A tu ala de relámpago confiado,
Tendí en la tempestad soberbio el vuelo
Y á la región etérea remontado,
Cruzando el firmamento de la gloria,
Olvidé el fango del mundano suelo.

Ángel de inspiración, cuando tu cauda
Se agita en el espacio, se alza en olas
De ópalo y grana el esplendor del día;
Estalla el viento en himnos de esperanza;
Sobre la tierra llueven flores bellas,
Y señalan la senda que recorres
Cuando llega la sombra, las estrellas.

Van dejando tus cantos deliciosos
Como estela de fuego en el vacío,
Como el manto de púrpura esplendente

Que cuelga el sol del cielo de Occidente
Y reproduce en su cristal el río.

Y así elevado y con la frente erguida,
¡Oh juventud! te estrecharé en mi seno,
Mientras retumba amenazante el trueno
En el mar tempestuoso de mi vida.

Y así elevado en ráfagas de acentos
Que estallan del volcán de mi ternura,
Volarán, perfumándose los vientos
Con mis himnos de amor y de ventura.

Águila joven, tú desde tu altura
Herida viste en la caduca rama
Al ave sin su sombra y sin su nido,
Que en vez de canto armónico exhalaba
Doloroso gemido.

Nave ligera, ¿el vuelo detuviste,
Orlada de tus lindas banderolas,
Para amparar amante al barco triste
Que se va hundiendo náufrago en las olas?

Ave de dulce canto,
¿Por qué dejas tus mágicos pensiles?
¿Por qué del lago el delicioso encanto
Y su faz sosegada y cristalina,
Para trinar entre la ingrata hierba
Que surge entre las grietas de la ruina?

¿Por qué, poeta, al trovador errante,
Al que tiene en la planta vivas llagas
De atravesar desiertos y malezas,
Le ofreces esplendores,
Le circuyes de amigos y ternezas,
Le coronas de lauros y de flores?

¿No ves tú que los lauros y las rosas
Se secan con mi llanto? ¿Tú no sabes
Que cuando no halla abrojos mi camino
Teme abismos mi bárbaro destino?

¿No sabes que ese vino que levanta
 Tu copa transparente, entre sollozos
 Va á pasar calcinando mi garganta?
 ¡Qué! ¿no conoces que si rasgo el velo
 Con que cubro mis ansias, como noche
 Va á sepultarnos mi tremendo duelo?
 Ven á mi corazón. . . . posa tu frente
 Sobre mi pecho. . . . invoca de tu padre,
 En quien adoras. . . . santa la memoria,
 Y á las altas virtudes y al renombre
 Entre mis brazos te unirá la gloria.

IV

CANCION POPULAR.

(DE FIDEL.)

Ancho sombrero poblano
 En la despejada frente;
 La manga al hombro pendiente,
 Y su jarana en la mano;
 Negra calzonera abierta,
 Con rica botonadura;
 Luenga daga en la cintura
 Con nácar banda encubierta:

Así á la luz de la luna
 Canta trovas Pepe el Tuno,
 Recordando uno por uno
 Los lances de su fortuna.
 Retoza la jaranita
 Bajo sus dedos lascivos,
 Y á sus cantos expresivos
 Su china alegre palpita.

Bendiga el cielo, trigueña,
 Esos brillantes luceros,
 Tan vivos, tan zalameros,
 Tan sagaces, tan así.
 Cuando los guiñas alegre,
 ¡Vive Dios! que pierdo el juicio;
 Me sublevo y me desquicio,
 Y no sé lo que es de mí.

Maldigo yo los amores
 Que no son así, de holgorio;
 Que parecen responsorio
 Según el gemir tenaz.
 El amor es el contento,
 La delicia, el abandono;
 Quédese para el buen tono
 Con llantos enamorar.

Cuando estrecho tu cintura,
 Por Cristo que no me engañas,
 Ni á una resma de bretañas
 Debes su aspecto galán.
 Cuando de tu linda cara
 Un beso y otro te arranco,
 No me queda un ruedo blanco
 Cual quien come mazapán.

.....

Cuando ostentas salerosa
 Tus encantos seductores,
 Rejuvenece las flores
 El viento de tu castor.
 Y cuando su falda astuta
 Con tu andar airoso vuelas,
 Relucen sus lentejuelas
 Como destellos del sol.

Breve el pie, delgado el labio,
 Con imperceptible bozo;
 Bajo el delgado rebozo
 Latiendo un fiel corazón:
 Para la gente plebeya
 Es la vida la hermosura;
 Ni hay comercio en la ternura
 Ni contrato en la pasión.

Ni un hombre, al pedir la mano
 De una muchacha al notario,
 Hace primero inventario
 Al objeto de su amor.
 Adios, china.—Adios, amigo:
 Envido —Quiero— Atrevida:
 Nos casaremos, mi vida,
 Y que nos bendiga Dios.

Si te miro en un fandango
 De esos de arpa y de dos luces,
 Me entusiasmo y me hago cruces
 Admirando tu primor.
 ¡Qué saque! ¡oh Dios! ¡qué jaleo!
 ¡Que redoble!..... y otro salto:
 Más pianito; no tan alto,
 Porque se enoja el Señor.

¡Canario! que esa cabriola
 Diera gozo al mismo infierno:
 Alto, que me descuaderno;
 Tenga compasión de mí.
 Más jarabe, más mistela;
 Luz, que la pieza se opaca;
 Si esto ve, no nos ataca
 El almirante Baudin.

Pero ¡ay quien te hable, trigüeña!
 Yo le daré, por San Pablo,
 Un recuerdo para el diablo
 En la hoja de mi puñal.
 De un bote apago las luces,
 Como frenético embisto;
 Vale que, de Cristo á Cristo,
 Solo Dios es capitán.

Cántame un són, mi trigüeña,
 De esos de tono sabroso,
 De esos de acento amoroso
 Que me derriten á mí;
 De esos que dejan recuerdos
 Y que me inspiran contento;
 De esos que exhalan al viento
 Un aroma de jazmín.

Yo te adoro, mi trigüeña,
 Con delirio, encanto mío;
 Y siento hasta el calofrío
 Cuando me hallo junto á tí.
 Cuando predicán del cielo
 Te vienes á mi memoria:
 Yo ya sé cómo es la gloria,
 Que conozco á un serafín.

Te adoro de cuerpo entero;
 Te adoro con toda el alma;
 Te adoro en medio á la calma,
 Y te adoro en el dolor.
 Por más que miro en las calles
 Tanta orgullosa catrina,
 Digo: más linda es mi china,
 Y su enagua de castor.

Y..... ¡la ronda! —Déense presos:
 Pepe el Tuno— Nada importa:
 Por portador de arma corta,
 Al grillete por un mes.
 No llores, por Dios; te llevo
 Del pecho entre tela y tela:
 Yo soy hombre, el tiempo vuela;
 Que no te conozca el juez.....

MANUEL PUGA Y ACAL.

I

OCEANO NOX.

Todo duerme en torno mío;
 Sólo el mar está despierto:
 De la onda vigilante
 Se oye el monólogo eterno.
 Plegadas las velas todas,
 Porque también duerme el viento,
 El barco que se desliza
 Sobre el Oceano inmenso,
 Al fulgor de las estrellas
 Parece un enorme féretro.
 Ellas mismas, las radiosas
 Pupilas del firmamento,
 Parecen cirios que arden
 Junto al túmulo de un muerto.
 ¿Por qué todo está tan triste?
 ¿Por qué está todo tan negro?
 Y ¿por qué obstruye la bruma
 Mi fatigado cerebro?.....
 —“Hombre imprudente, que huyes
 Del vivificante sueño,
 Y vienes del Oceano
 A sorprender los secretos,
 Sabe que yo soy tan sólo
 Dilatado cementerio.
 Yo sirvo de último asilo